

# COSO, TEJO Y VEN

Por Adalgiza Fernández  
Antropóloga  
Universidad del Magdalena



## Historia de Vida de Virginia Mauri

“Yo voy a recibir la sustitución pensional de mi exmarido que era pensionado de Puertos de Colombia, pero yo de aquí (puesto de vendedora estacionaria en la 5ª. con 22) no me voy. Esta es mi vida, este es mi trabajo, yo aquí me siento bien”.

### La puesta en escena:

#### Acto 1. En una pata de la araña.

Carrera 5ª. calle 22 esquina. Acceso a la escalera lateral izquierda del puente peatonal. Este relato fue recogido en varias sesiones mañaneras en varios días del mes de septiembre a octubre de 2004, próximas a la celebración del halloween y al caer el sol (5 p.m.), mientras Virginia empacaba y desempacaba (empaca y desempaca) grandes cajas de cartón (foto) amarradas con cabuya que su compañero del puesto vecino, Rodrigo Acosta bajaba, (baja) de una carretilla alta de hierro de dos ruedas; cuatro cajas que son depositadas sobre el andén concreto irregular quebrado por las raíces de los árboles y por los las continuas reparaciones de las redes subterráneas que las empresas de servicios públicos hacen en telefonía y acueducto. Además de las cajas, Rodrigo en otro viaje arrastra una mesa azul claro metálica con ruedas de hierro, que tiene un ruido característico al rodar por el pavimento irregular de la calle, ruido que se percibe en toda la quinta a la seis y media de la mañana y a las seis y media de la tarde. La mesa tiene un depósito en la parte inferior con dos pequeñas puertas con candado donde guardan unas tablas de madera que son colocadas para poner sobre ellas dos láminas de icopor blanco donde ubica los artículos para la venta: binchas o diademas para el pelo coronadas con flores artificiales de

# ANDO EN EL ANDÉN

múltiples colores, ganchos, caimanes, ramitos de flores con follaje, cintillos de colores, rulos para rizar el pelo, artículos que son sacudidos con un trapo. En otra mesa similar que ha traído un cargador que se especializa en el oficio y recibe mil pesos por acarrear, extiende un trapo de 1,50 por 50 de color oscuro donde coloca en fila vertical, horizontal, hileras de cinta pegante transparente ancha, pintaña, quitaesmalte, sombreros para niña con flores de colores, estuches para la manicure, hebillas, agujas para tejer, hilo para máquina de coser, pequeñas muñequitas con pelo de plástico rubias y castañas, peinillas, cepillos para el pelo, pañoletas, pulseras de esferas de colores ensartadas en hilos expandibles, cinturones, sombreros en hilo de lana estilo rasta, lápices de ceja, bolsas de papel para regalo, argollas imitación plata, peinetas, fajas azules gruesas para la cintura, gel para el pelo. Las dos mesas, además de guardar las tablas, guardan mercancía, cosas para coser: tijeras, metro, tiza, hilos de algodón para tejer a mano, ovillo, dedales, pedacitos de tela de colores grandes y pequeños, pedazos de guata, diademas sin decorar, pegantes y pistola de silicona.

## El escenario:

Sentada en la silla de plástico azul, a la sombra del parasol de colores y de un árbol de trébol, está Virginia, además, como cobijada al amparo del techo del puente peatonal y de una valla azul que aprovecha para exhibir la variedad de flores plásticas y de tela colocadas en los huecos del entramado de hierro que el Distrito puso para evitar que los peatones crucen las esquinas de un tráfico vehicular intenso de taxis, motos y vehículos privados, y obligarlos así como si fuera una manga, a que usen el puente peatonal en uno de los lugares de la ciudad en donde el tráfico automotor es intenso. Esa estructura de reja que sirve de conducción peatonal a la cabeza

del puente y paralela al borde del andén, es de un metro de altura y es la que Virginia aprovecha para amarrar y exponer su oferta; que bien pueden ser las flores de tela y de plástico de variados colores y especies como, gardenias blancas, rosas rojas, girasoles, claveles, follaje.

Virginia, en su puesto, también cose disfraces en su máquina de coser marca Sínger de color crema portátil eléctrica conectada a la energía que el Mello, un vendedor de helados, le permite conectar mediante un largo cable que ha conectado a un toma del poste del alumbrado público más cercano y por cuyo servicio Virginia paga \$500 diarios. La máquina está puesta en una mesa de madera color marrón donde la vendedora estacionaria da puntadas a las diferentes piezas de tela que trae cortadas desde su casa. Su producto terminado va desde los disfraces de pajecitos, de mariachis, de indios, kung-fú, princesitas, payacitos, hawaianas, hasta de vaqueros, que colgados en el árbol de trébol con ganchos de ropa, giran a la vista de un posible comprador en un artefacto similar a un carrusel de pasta movidos por el viento, cuando hay.

También cuelga disfraces en el parasol, que se mueven atractivos a la vista de las mamás que afanosas buscan complacer al niño exigente de un disfraz del héroe del momento. En una gran caja de cartón están almacenados, además: sombreros del zorro, máscaras del hombre araña y antifaces de batman, que emergen de acuerdo al pedido de los clientes. La oferta es permanente y activa. Desde comienzos de octubre la exhibición de disfraces es permanente.

Dependiendo de la demanda y por su experiencia comercial, Virginia confecciona lo que más se venden. Durante esa mañana, Virginia se levanta de la silla, atiende, ofrece, cose, habla y

se ríe sin descuidar analizar a todo el que por allí pasa. Una de esas personas, es la vendedora de frutas: mujer joven, negra, con una pañoleta en la cabeza. Virginia le fia una mano de guineo maduro, dos pomelos y cuatro bollos limpio, y le paga tres mil pesos de una compra anterior.

## El espacio

El espacio que ocupa Virginia con sus mesas, su máquina y sus sillas, es el espacio comprendido entre la reja que es de aproximadamente 7 metros de largo por 1 de ancho, y una línea no precisada que han dejado los vendedores para el tránsito de los peatones, cuyo ancho puede llegar a los dos metros. Para el caso de Virginia su espacio curvo puede ocupar aproximadamente cinco metros cuadrados del andén de la calzada sur de la Avenida 5ª con la Avenida Santa Rita. Todo el espacio del área que comparte Virginia con sus vecinos está delimitado en el otro lado por las paredes de los almacenes y la valla azul. Paredes, que con los árboles de trébol y los parasoles la guarecen del sol, y de la lluvia con poca frecuencia, con un gran plástico transparente y grueso que extiende, en asocio con los estacionarios del sector, hasta el alero de las paredes del almacén Calza-Costa, amarrado con cabuya y atados al alero por unos clavos.

Allí se refugian también los peatones mientras llueve. La gente curiosa la mercancía, la toca, las aprecia en sus detalles, pregunta el precio, y se van estableciendo relaciones amistosas a partir del artículo hasta pasar a comentarios comunes de la cotidianidad. Se comenta sobre el estado del tiempo, el clima caluroso y el sol en potencia; de la salud pública: que la gripa, que la miradita, que la rasquiñita que atacan sin compasión. Que hacía días que no llovía y entonces es la nube de mosquitos lo que proliferará por el

# COSO, TEJO Y VEN

descuido del Estado, es el comentario consecuente que resumen los que escampan hasta que la lluvia amaina y la gente continúa con su andar en el andén, en busca del objetivo que los ha llevado a ese momento.

La mayoría de los vendedores estacionarios guardan las cajas con la mercancía que empacan y desempacan todos los días en lugares próximos al puesto de venta. Uno de esos lugares de depósito nocturno es un antiguo garaje ubicado en la calle 21 con 5ª. Hasta allí acompañé a Rodrigo y su ayudante y encontré lo siguiente: Apiladas en los rincones están los carros de hierro con las cajas encima en un depósito con aleros de zinc. Allí, en un orden que sólo el individuo que cuida las mercancías de los estacionarios sabe de quién es cada negocio, van llegando uno a uno a depositarlos en un sitio fijo: Rincones y pasillos. Al salir, al dueño de la mercancía le entregan un papelito: es un recibo de mil pesos que cancelará al día siguiente.

Hasta allí llegué a las escaleras de acceso al puente peatonal que conduce con sus 4 brazos a las respectivas esquinas de las vías que allí confluyen para evitar que el peatón cruce a pie las calles en donde el tráfico automotor es intenso. Para obligar al viandante a utilizar el puente peatonal, el Distrito ha construido una malla metálica de un metro de altura que impide al caminante atravesar hasta la otra calzada; en esa valla de metal y bajo un par de árboles frondosos, Virginia aprovecha el alambrado de la malla para amarrar su oferta, que bien pueden ser las flores de tela y de plástico de variados colores y especie: gardenias blancas, rosas rojas, girasoles, claveles, follaje.

El negocio de Virginia está ubicado enfrente a una tienda de zapatos con vitrina y empleados uniformados con los que hay una permanente

camaradería. Allí le guardan la máquina de coser y le prestan el sanitario. Cuando comienzan a desempacar, por la mañana, al mismo tiempo lo hacen otros vendedores estacionarios con sus mercancías, y se escucha el ruido de las ruedas de metal frotando el pavimento (foto); el de las cortinas metálicas que los empleados de los almacenes del sector abren. La mayoría de las personas que pasan a esa hora, aproximadamente a las ocho de la mañana, van recién bañadas, con ropa planchada y en la expresión del rostro no se nota el impacto de la luminosidad de las horas más calientes del día, se nota que son, la mayoría, empleados y vendedores de tinto, buñuelos, cigarrillos con los que desayunan en su puesto de trabajo los vendedores estacionarios. Rodrigo, el compañero de puesto de Virginia, saca de su mochila un frasco de vidrio chato lleno de café con leche que comparte con Virginia; se acerca el vendedor de empanadas y ellos le fían dos.

Rodrigo: “La alcaldía de Hugo Gnecco nos hizo unos locales enfrente a la entrada lateral del Ley, pero eso resultó muy caro. Hay que pagar luz, predial, no podemos; no quisiéramos estar aquí porque este espacio no es de nosotros pero toca hacerlo por la necesidad de subsistir. No hay un sindicato serio; a veces nos reunimos pero van de mil quinientas personas que estamos aquí, solo van 20 o 30 y eso no es válido, no hay orden, eso no sirve. Si, esto produce dinero para mantener a la familia. Mi mujer está en la casa y los niños en la escuela”.

Rodrigo es de tez morena oscura, vestido con camisa de algodón rojo y pantalón kaki y su puesto de venta es al lado de Virginia. Él vende dulces: bombones, galletas, frunas, confites. Comen, charlamos con Grimaldo Pérez el vecino que tiene Virginia a la izquierda, una sencilla mesa de madera donde vende pilas chinas, muñequitas de

caucho con cabellos dorados y sus trajecitos para cambiar, hilos de varios colores en carruseles para coser a máquina, caimanes (ganchos) para el pelo; todo colocado en la mesa con el trapo de colorines y debajo de un parasol agarrado a un palo de madera que sobresale de la mesa. Una silla plástica amarilla complementa el mobiliario para la venta. Con el obstáculo del inicio de la escalera, desempaca al lado derecho su mercancía Rosa Yanes y la coloca en su mesa con pequeños escalones que pone para exhibir productos para el cabello: Champús venezolanos, masajes capilares, lociones para evitar la caída del cabello, lacas para fijarlo, tinturas, desrises (potingues químicos para alisar el cabello), gominas y geles de colores rojos, verdes, amarillos y azules todos en filas de a cuatro perfectamente alineados.

Es la hora de dar los buenos días a los vecinos. Así, acomodando el inventario, el vendedor de helados, el de agua con un carrito, las vendedoras de bisutería al lado de Grimaldo, se repite el ritual a lo largo de la carrera 5ª, todos los días hasta que llega el “nombre de dios”, la primera venta, con el billete en la mano que se recibe, se persigna con la señal de los cristianos y se guarda el dinero. Se ha empezado a mover el negocio. Al medio día el inclemente sol obliga a los viandantes y posibles clientes al uso de sombrillas, en especial las mujeres, usan también gafas oscuras y el andar es más rápido y decidido. El sol ha pasado por el cenit y obliga al cambio de sitio en el puesto para que no atropelle tanto. Hacia las seis de la tarde Virginia y su compañero de puesto, al amparo de las luces de neón del almacén Calza-Costa vuelven a guardar en las grandes cajas de cartón lo que ha quedado de la mercancía, que delicadamente y en un orden que solamente ellos conocen, embalan su patrimonio de trabajo y las cajas van a dormir al depósito en donde

# ANDO EN EL ANDÉN

les cobran mil pesos diarios. A las 6 y 20 se marchan atravesando la calle 22 para tomar el transporte público que los llevará a su hogar. Los antecedentes familiares: “Mi papá era de Barranquilla pero vivía en Guacamayal (zona bananera del Magdalena); allí tenía un pedazo de tierra donde cultivaba cacao. Murió joven de la picadura de una culebra. Yo quedé de 9 meses. Nací el 5 de enero de 1950 en Santa Marta, de mi mamá que fue “partiada”, a ellas las partiaban, a las señoras de antes. Son las mismas comadronas. Mi abuela, era hija de Jacinto Samaniego nacido en Panamá El fue combatiente de la Guerra de los Mil Días y se metió con una cachaca y después con mi abuela. Mi abuelo se casó con Otilia Rosado Núñez, mi abuela, nacida en la Guajira. De esa unión nacieron 3 hijos: Paulina Samaniego de Pimienta que murió. Ramón Samaniego que murió y Jacinta que es fue mi mamá. Falleció en 1973. Ella se casó con Paulo Mauris de cuya unión nacieron 3 hijos: Falconeris Mauris, Virginia Mauris de Riva y Paula Mauris. De otra de relación de mi mamá con otro señor (mi papá murió joven) nacieron mis otros hermanos de madre: Inírida, Silvio que vive en Bogotá, Said y Wilfrido Salcedo. Todos viven. Yo me crié con mis abuelos maternos porque ellos se quedaron solos. Mi infancia transcurrió en una casa de bahareque y palma en Santa Marta en el barrio Cundí, cerca de la casa tres puntá, hoy Cámara de Comercio, y las vacaciones en Guacamayal con los primos y gozando de los baños de río, de trepar palo a coger frutas y de los juegos con mis familiares. Los abuelos paraban más en la finca que acá. Recibí las primeras letras en la escuela pública de Guacamayal y en la escuela de Los Olivos. Allí aprendí a leer y escribir y a sumar y restar. Cursé hasta 5º. de primaria. De allí viajaba constantemente a la zona bananera con los abuelos. No había estabilidad como para continuar estudiando. Ahora estoy

educando a un sobrino en la carrera de experto en cosas judiciales; Audit, de 29 años es delineante de arquitectura y hace un diplomado en criminalística (recoge muerto) en Barranquilla. El tenía una mujer que le dejó un hijo que hoy tiene 11 años. Ella se fue para Venezuela. Yo le pago el colegio en el colegio La Esperanza. Con lo que he vendido pagué 4 meses, \$120.000. Yo de mis familiares a todo el que pueda le doy educación. Mis hijos el único que continuó fue Audit.

Mientras charlo con Virginia y la ayudo a desempacar y empacar las cosas, vende a un transeúnte interesado que pregunta y pide rebaja en el precio de ganchos para el pelo. \$1.000 el cartón de 10. Virginia se le coloca al lado y le ofrece otra clase de cosas: Cepillos, pintaña, quitaesmalte, flores, disfraces, en un parloteo incesante. El puesto que Virginia ocupa, goza de una ubicación privilegiada por estar junto al acceso que se ha descrito, puesto que está ubicado estratégicamente porque por allí se sube a la araña (eje) o puente peatonal con un obelisco que domina 4 esquinas de tráfico vehicular trepidante, porque partidora de peatones a los diferentes destinos de la 5ª. con 22. hacia la quinta con 23 hasta la 26 y de la Avenida Santa Rita, antigua Avenida Colón hasta el Camellón de la Bahía, el occidente de la ciudad, y el centro histórico.

## Matrimonio e hijos

“Me casé con Gregorio Antonio Rivas Moreno, a los 17 años. El murió siendo winchero pensionado de Puertos de Colombia. El matrimonio fue el 24 de diciembre de 1968. Murió de 54 años de cáncer en el cerebro un once de noviembre nos conocimos y un once de noviembre se murió. Tuvimos 3 hijos: Audit, Mery y Ditter. Adopté a Yereinis Milagro Rivas Mauris. Cuando Gregorio se enfermó de cáncer en el cerebro vivía en unión libre con otra

mujer, Marlene De Luque Barros con quien tuvo a Vantium. Al saber que en tres meses se moriría me llamó para que lo cuidara. Siempre que se enfermaba me llamaba para que lo cuidara. Me mudé a Barranquilla y de allí no me moví. El no confiaba en Marlene. Siempre me quiso a mí. Nos separamos por esas cosas inexplicables de la vida. El era muy sinvergüenza y toma-trago y esa mujer lo envolvió. Pero siempre conservamos una buena amistad. Cualquier acontecimiento de sus hijos y mío allí estaba presente, ya fuera por teléfono o personalmente. Prueba está que al tocarle la muerte a la que llamó fue a mí. Yo abandoné todo durante tres meses por cuidarlo. Hace unos 4 meses presenté mi petición de sustitución pensional que me corresponde como esposa legítima.

Me la concedió el Juzgado del Circuito Laboral de Santa Marta. Marlene también reclama su parte como compañera permanente durante diez años y porque tiene un hijo menor de edad. En caso que fuera favorable, la compartiré con Vantium porque es menor de edad. El juzgado falló a favor mío porque presenté pruebas de mi comportamiento con él antes de la muerte. El quería que la pensión fuera solo para mí. En este momento el pleito está en el Tribunal Superior de Barranquilla y hace cuatro años se pleitea. En caso que me favorezca, le daré la cuota inicial para una casa a cada uno de mis hijos. Este puesto de venta se lo entregué a Mery para que lo administrara. Los negocios quedaron en manos de ella que comercia junto al marido artesanías en cuero que ellos hacen. Van de feria en feria y de fiesta en fiesta ofreciendo su mercancía. Ellos viven conmigo en la misma casa. Allí compartimos todo. Vivo en el barrio Obrero, por la Federación de Cafeteros, carrera 15 con calle 18, enfrente a Joaquín Sierra, otro vendedor de la 5ª, noroccidente de la ciudad. Enfrente a mi

casa quedaba un famoso bar.que se llamaba La Habana. (Foto). A Mery yo le digo La Negra y tienen 1 hijo. Tiene 29 años. Ello vivían en Barrancas-Guajira y tenían un puesto de flores. Les iba bien pero se vinieron a hacerse cargo de mi negocio mientras yo cuidé a Gregorio. Ahora viven en mi casa Ditter está casado y tiene tres hijos y vive con su mujer. El trabaja en muebles Jamar de cobrador. No quiso seguir estudiando. Hizo hasta 4 semestres de administración de empresas y se retiró. (A las 10 de la mañana, Ditter se baja de una motocicleta de color azul con un maletín de lona en la mano, que parquea cerca de la valla azul oscuro donde Virginia ha introducido las flores para exhibirlas a un posible comprador-transeúnte. Su aspecto es de un hombre de 35 años, moreno de bigote y corpulento, de 75 kilos aproximadamente. Habla con Virginia cosas que no alcanzo a oír. Toma su casco, se lo pone en la cabeza y arranca en la moto).

“Ditter está casado con una auxiliar de enfermería. Ahora tienen un negocio de computadores y de fotocopias y les va bien.” “Adalgiza, te voy a invitar a la tumba de mi ex.- marido en el cementerio Jardines de Paz. Por orden de él y del Fondo Mortuorio de Puertos de Colombia tiene su tumba bien bonita. La vamos a visitar el domingo entrante.”

TUMBA, Noviembre 28 de 2004. La tumba está retirada de las demás y flanqueada por 4 pequeños muros de mármol blanco. La tapa es un plano inclinado donde está inscrita la fecha luctuosa del difunto: Nació el 27 de marzo de 1947. Murió el 11 de noviembre de 2000. Hay una pequeña foto en un marco de mármol y un libro abierto que sostiene una pequeña escultura de San Pablo donde se lee en letra de estilo en bajorrelieve de mármol blanco el siguiente epitafio: “En la fecha en que te conocí en esa misma fecha

partiste 11 de noviembre. Aunque no estés a nuestro lado siempre estarás en nuestros corazones. No es fácil aceptar que te hayas ido hacia la eternidad. En estos momentos es mejor hacer silencio, llevar los ojos al cielo en busca de paz para tu alma y abrazar a los seres queridos que son tu esposa, tus hijos y nietos.”

Mujer de empresa y artesana de la calle. La bruja de oro. Así le dice a Virginia Rosa Yanes. que vive enfrente de ella, por la Federación de Cafeteros. Trabajo donde los turcos. Virginia me enseñó a coser. Yo también hago disfraces. Ya los vendí y he trabajado en este almacén, tengo mis viejitos vivos.

Hacia las cinco y cuarenta de la tarde Virginia, vestida con una camiseta azul y un pantalón estampado en flores acorde, comienza a recoger y a empacar su mercancía en el orden y en las cajas que solo ella sabe colocar: En unas cajas de cartón para zapatos coloca los ganchos de pelo; en otra las binchas; en otra las peinetas, en otra los pintauñas y quitaesmalte hasta llenar la gran caja de cartón con las cajas de zapatos. Son dos grandes cajas que monta Rodrigo en el carro de hierro con dos ruedas para arriarla y depositarlas en el garaje de la 21 con 6ª. Virginia y su compañero de puesto gastan 20 minutos en empacar la mercancía y otros 10 minutos en cargar la máquina de coser y depositarla en Calza-Costa donde se la guardan hasta que ella la vuelva a necesitar. “Esto hay que hacerlo todos los días, de domingo a domingo. En el mercado estuve 11 años vendiendo ropa pero eso se puso malo. Se vendía bien. La ropa la traía de Maicao. La aduana no molestaba tanto. Vendía yins, camisetas, zapatos tenis y tenía un puesto de 10 metros por 5 de grande. Yo tengo mi carnet de vendedora estacionaria de la 5ª, pagamos \$12.000 mensuales de impuesto a la Alcaldía por usar este espacio. Estoy asociada a la

Cooperativa Multiactiva de los Asociados de la 5ª, COOPOMULSOQ, Nit 808819005287-0, que preside Miguel Duarte (Foto) Para estas fechas que se aproxima la Navidad siempre hacen operativos en contra del contrabando que llega de todas partes, yo lo traigo de Maicao. Yo todos los años voy a traer mercancía. Todo esto lo traigo de allá. Las telas, los hilos, los juguetes de la temporada. A mediados de noviembre viajo con otras compañeras. Ahorro o hago préstamos para el viaje. También viajo a la Villa de San Benito Abad. Son cinco horas de viaje desde acá. Salimos a las 12 de la noche para llegar allá a las 7 de la mañana, desayunar y asistir a las misas y procesiones Eso lo organiza una amiga que saca un bus lleno de gente que va a pagar promesas y a pedir que nos proteja. El pasaje cuesta ida y regreso \$30.000. De allá salimos a las 6 de la tarde para estar en Santa Marta a las 12, o una de la mañana. En el bus hacemos recocha, hablamos y cantamos. Por lo general llevamos la comida ya hecha”.

“En la Campo Serrano tengo doce años de estar vendiendo mercancía. El permiso lo conseguí por medio de un amigo político. Antes vendía flores y rancho (productos enlatados que traen por Maicao). Vendía harina, aceite, pastas, huevos, manteca, sardinas, azúcar, detergentes en polvo y líquidos, cera para muebles y el piso pero eso lo prohibieron en la Quinta. Las flores de tela y de papel para adornar floreros me las enseñó a hacer un cachaco. Las hacía y las vendía enseguida. El permiso lo conseguí por intermedio de un amigo político. De este negocio he educado a mis hijos, todos profesionales”. –Virginia viste una camisa floreada, una falda de cuadros y un gran turbante con nudos y lazos de colores rojos, azules, verdes, bien llamativo- saca la mercancía y la ordena. “Ahora crío nietos y los educo. Tengo hasta sobrinos

a quienes ayudo en el colegio. Yo hago flores, adornos de cabeza para reinas infantiles en los carnavales, hago batas para estar en la casa, fresquitas de telas que traigo de Maicao tejo cintillos, ayudo a todo el que puedo en mi familia. Hice un curso de microempresaria en el Sena pero no lo terminé. A veces traigo la máquina de coser y trabajo aquí pero últimamente no se puede porque Electricaribe (la empresa que provee energía a la ciudad), no permite poner una cajita para pagarles la luz que consume la máquina. Sin embargo, la bajamos de un poste y de allí la tomamos el de los helados y yo cuando logro traer la máquina”. Son las nueve de la mañana y Virginia continua desempacando y hablando.

El peatón-transeúnte camina afanado por el espacio público entre el puesto de venta estacionario y el almacén Calza-Costa, la cafetería Califa, y los otros puestos de venta, por lo general gente joven vestidos de cachuchas, camisetas, yins azules los hombres, las mujeres en su mayoría con el atuendo anterior más zapatos de plataformas altos. Pasan rápidamente sin mirar la mercancía. “Yo quisiera obtener prestamos bancarios para tener una microempresa. Ojalá que lo consiguiera. Es difícil, ya lo he intentado y no he podido. No quisiera continuar aquí, quisiera tener mi propio almacén pero que no sea en la calle. Ésta es peligrosa. Molesta mucho el sol y el calor, la lluvia (señala unos plásticos grandes en la bodega del mueble azul), son para colocarlos en el alero de Calza-Costa y evitar que la lluvia dañe la mercancía. Llego a la casa a las 8 de la noche. Ojalá nos reubiquen en un centro comercial cerca de aquí.”

Mientras Virginia, que es de tez morena con rasgos de negra con 65 kilos de peso, cose compra “chance”, o la bolita, a su vendedor. “Siempre el mismo número”. También habla confidencias con amigos y amigas que se sientan al lado y le

# COSO, TEJO Y VENDO EN EL ANDÉN

“Adalgiza, te voy a invitar a la tumba de mi ex.- marido en el cementerio Jardines de Paz. Por orden de él y del Fondo Mortuorio de Puertos de Colombia tiene su tumba bien bonita. La vamos a visitar el domingo entrante.”

**“Ellas son lesbianas”, comenta Virginia en voz baja solo para que yo oiga. ¿Por que? Le pregunto. “Porque en una ocasión se metieron con una sobrina en la misma cara de mía. Se la pasan mirando a las jovencitas que pasan por el andén con sus descaderados.”**

confiesan intimidades. El famoso jugador de fútbol samario, Jaime Deluque, ex portero del equipo de fútbol local, Unión Magdalena que obtuvo su única estrella en el año de 1968, viene algunas tardes en la semana a comentar los últimos acontecimientos de la semana mientras se sienta en una de las dos sillas que Virginia tiene. El vendedor de revistas, el Mono, que tiene su puesto a la entrada del edificio sin nombre, le dicen el edificio Chic porque antes había un almacén de ropa y zapatos con ese nombre. En esa misma silla me siento al lado de Virginia a verla coser y a observar el movimiento de ese segmento de la acera que es incesante: El caminar de los peatones, el vendedor de helados con su nevera y sus conos seguida del puesto de Grimaldo Gómez, que toma la energía eléctrica del poste mediante una larga extensión que también alimenta la máquina de coser de Virginia que me cuenta a modo de chisme que el puesto seguido del de Grimaldo es ocupado por dos mujeres jóvenes que venden productos de arreglo para el pelo pero que hace días que no vienen. El puesto está libre. Nadie lo ocupa. “Ellas son lesbianas”, comenta Virginia en voz baja solo para que yo oiga. ¿Por que? Le pregunto. “Porque en una ocasión se metieron con una sobrina en la misma cara de mía. Se la pasan mirando a las jovencitas que pasan por el andén con sus descaderados.”

Diario de Campo. OCTUBRE 30/2004, 4:30 de la tarde. “Llego a donde Virginia- Le pido permiso para sentarme y escribir estas notas. El

tráfico de gente por las aceras es incesante. Gente de todas las edades, especialmente madres jóvenes: preguntan, compran disfraces, flores, tocan los adornos, Rosa y Rodrigo colaboran con Virginia mientras ella cose un disfraz de rumbera. Su puesto de venta ha sido cubierto con plástico blanco transparente que va de la valla azul hasta el alero del almacén Calza-Costa. Tres parasoles, uno sobre la silla roja y los otros dos en las mesas donde exhibe su mercancía.

Este definitivamente es el punto del disfraz de la 5ª. (El transeúnte: parejas con niños pequeños en brazos, hombres maduros que pasan ensimismados). Se oyen los grupos de tamboras. Los disfraces también se exhiben en las grandes cajas de cartón que se desbordan. El tráfico vehicular es intenso y ruidoso, controlado por el cambio de colores del semáforo. El ambiente huele a gasolina quemada. Observo: Una madre joven cambia el disfraz, otra revuelve, mira, regatea y compra. Un niño, feliz con su disfraz de payasito; pasa por el andén el vendedor de butifarras con bollo de yuca, golpeando la caldereta para llamar la atención y la gente compre. La gente pasa rauda con celulares, carteras y calabacitas anaranjadas en las manos. Los sonidos y las voces son múltiples. Hoy es quincena. De Calza-Costa la gente entra y sale con bolsas con el emblema del almacén.

El mismo día, 6:30 Pm, Virginia empieza a empacar sus flores de papel con tallo de plástico en las cajas grandes

de cartón. Va y viene. Los disfraces siguen exhibidos. ( Hay tres policías que se detienen a observar el puesto de Virginia, miran y siguen). Es la hora de que la gente se vaya a sus casas, caminan con papeles y cajas en las manos. Miran las vitrinas: comentan: Mira, zapatos de muñeca, esos es lo que se usa ahora. Si, pero son duros. Dos mujeres prácticamente arrastran a una señora que no quiere andar, hacia el almacén de zapatos.

Allí se pierden. Estoy escribiendo cuando un olor nauseabundo invade el ambiente y a mi me deja loca y paralizada. Creo que es un gas o peo que se tiran en el sitio donde yo estoy sentada. Es imposible cuantificar cuantos disfraces ha vendido Virginia ni me interesa ni voy a preguntar. Sigue recogiendo y empacando. Una transeúnte se detiene y toma varios ramos de flores artificiales. ¿A cómo? Deposita sus bolsas mientras pregunta. Virginia le contesta. Mientras toca las flores, Rodrigo y Rosa muestran disfraces. ¿El de campesina, le sirve?. La de las flores compra 5 ramos. La posible compradora de Rodrigo, no, y dice: Muy pequeño, imagínate, a esta hora. La gente pasa con bombas rojas y anaranjadas, las niñas con chaquiras en el pelo, rizos, descaderados. El tráfico vehicular, la gente y la bulla disminuyen.

El olor se transforma: crispetas recién hechas, perfumes, olor a frutas y algo de olor a pescado. Son las 7 y 30 de la noche. Me despido de Virginia y sus amigos. ■